

EL POETA EN EL SIGLO XIX.

¡Los tiempos son de lucha!
Niñez de Arce.

Cantor, despierta, el siglo te reclama;
Con su trompa sonora
Al palenque te llama
Del pensamiento. ¡Ya sonó la hora
De luz y libertad! Todo ha cambiado.
El tiempo de las sombras ha pasado;
La Arcadia está desierta;
La fe en el pecho muerta,
Y el Olimpo se ha roto y desplomado.
Canta, despierta: aparta las miradas
De los despedazados torreones,
Teatros de las viejas tradiciones
De espectros y de hadas,
De pajes, castellanas é infanzones.
Mira de cara al sol; sus llamaradas
Incendien tu cerebro, en él quemando
Torpes preocupaciones.
Cantor, despierta: en tu valiente lira
Suene el clarín de guerra;
Del soberbio cañón el estampido;
Las grandes convulsiones de la tierra;
El golpe y el crujido
De la ruda piqueta destructora,
Y el sonoro silbido
De la rauda y gentil locomotora.
Asiste á los Congresos y Ateneos,
Y respira su atmósfera encendida;
Contempla en los modernos coliseos
La horrorosa batalla de la vida.
Baja al taller, de inspiración tesoro,
Donde entonan las máquinas sublimes
Un cántico de oro.
Fija en la tempestad del Parlamento
La serena mirada;
Allí truena la voz, y el pensamiento
Hiere y deslumbra cual desnuda espada.
Cantor, despierta: en tu grandioso canto
Retumbe el huracán de las pasiones,
Y el sonoro torrente
De las luchas de la época presente,
Y el inmenso rumor de las naciones.
Marque el rayo potente de tu ira
La abominable faz de los villanos;
Arranca el antifaz á los traidores,
Y forma con las cuerdas de tu lira
Látigos silbadores
Para azotar la espalda á los tiranos.
¡La libertad, la libertad sagrada
Tu bandera ha de ser, tu noble égida;
Si la ves por los suelos desgarrada,
Hermano, por salvarla da la vida!

MANUEL PEINA.

LÍMITES DE LA RAZÓN.

DOLORA.

Ved en ese manicomio,
Del delirio en el exceso,
A una desdichada loca
Mesándose los cabellos.
—« ¡Infeliz! — al observarla,
Con espanto exclama un viejo;
¡Dios que en su misericordia
Nos guarde el entendimiento!»
Mas la loca que le escucha,
Sus furres reprimiendo,
—« ¡Ay! — de súbito replica,
No digais, no digais eso!
Comencé por admirarle,
Engolféme en sus misterios,
Y al verme casi perdida
De lo ignorado en lo inmenso,

Para que me lo guardara
Dile á Dios mi entendimiento;
Y han pasado muchos años
Y aun no me lo ha devuelto.»
—¿Qué es el mundo?— Un manicomio.
La humanidad...perdió el seso!
No vió, loca, que sus alas
Son de cera y Dios es fuego.

CONSTANTINO LLOMBART.

LA VIDA EN SOCIEDAD.

La edad y la moda.



MAY un periodo difícil en la conducta social de la mujer, periodo que exige tacto superior, abstracción completa de la vanidad, y que, salvándole con acierto, representa verdadero triunfo sobre el amor propio.

Muchas creerán que se trata de alguna cosa difícil, y por el contrario, es bien fácil: todo consiste en apreciar la propia edad sin rubor ni disimulaciones, y vestirse, pensar y hablar en armonía con ella.

La juventud es el primer encanto de la mujer, ella lo sabe; las galanterías que escucha en la primavera de su vida danle á entender toda la fascinación que ejerce la hermosura, y su conciencia le dice á tiempo que el día que pase, se romperá ese cetro de caña que la adulación pone en su mano; pero así como los infortunios son menos grandes cuando se aguardan con entereza y firme corazón, así este destronamiento de la mujer es menos violento cuando le sabe aguardar con abnegación y atenuarle con el buen talento.

Achaque es común de todos los moralistas, anatematizar la vanidad mujeril, querer que ésta olvide su belleza, y que en la plenitud de sus encantos tenga la abnegación del anacoreta, que prescinde de los placeres de la vida por las austeridades del asceta. Esto ni es lógico ni posible. A la mujer hermosa es inútil decirle que olvide serlo; pero sí muy conveniente advertirle, por su propio interés, la manera de no ser ridícula cuando deje de ser bella: esto es lo que nos proponemos en las presentes líneas.

El deseo de agradar es aspiración legítima de la mujer, y á la cual no se muestra ajeno el hombre; pero no hay que confundir este justo deseo con la coquetería de la mujer, que le hace desdeñar los homenajes y el cariño de los propios, para buscar los de los extraños. La coqueta no abriga ninguno de los sentimientos que son honor de su sexo, y sacrifica á la sociedad las más caras afecciones del corazón, sin formar lazos de cariño, de interés ó de gratitud que la hagan agradable la vida en sus últimos años. El deseo natural de agradar á las personas que la rodean, es todo lo contrario, y nada tiene de reprehensible; pero á veces, sin pecar en el extremo de la coquetería, una mujer quiere conservarse bella más tiempo del que la Naturaleza le permite, olvida que el mejor adorno de sus años es la dignidad, y de aquí que pida á la moda lo que la moda no puede darle, la conservación de su juventud.

Los figurines no se ocupan nunca de la mujer de edad, y si alguna vez lo intentan, son tan poco afortunados, que pintan una joven con pelo blanco, talle esbelto y sonrisa candorosa. Estos errores no los comete la sabia Naturaleza, y hasta las personas que jóvenes aún, se les encanece el cabello, tienen ciertos rasgos de fisonomía, ó cierta falta de esbeltez, que indica que si las canas son prematuras, la vida ha entrado en el periodo de la madurez. Desde que empiece vuestro cabello á blanquear, desde que vuestro rostro empiece á perder la frescura de la juventud, aunque vuestro cabello conserve su color natural, variad vuestra conducta social y vuestro modo de vestir, si no quereis que la moda os haga tan ridículas como encantadoras os hizo antes. No dejéis de ser elegantes; un traje negro rico y de hechura irreprochable, las estampaciones en colores oscuros y las combinaciones de dos telas oscuras también, os darán trajes tan elegantes como los que puede ostentar en colores vistosos una joven de quince años.

Hace algunos años era muy común teñirse las canas y usar aceites para el rostro: hoy el buen sentido aconseja la naturalidad; hemos convenido en que las canas no excluyen la distinción, y que una joven morena no deja por serlo de parecer hermosa. Este buen sentido en cuestión de modas, extiéndese á los